

LIBROS

Hidalgo de Cisneros: El itinerario de un aviador

Uno comienza a leer las Memorias de Ignacio Hidalgo de Cisneros con un interés fundamentalmente histórico. Pero casi desde la primera página comienza uno a sentirse subyugado por "otras razones". Evidentemente, el interés histórico no desaparecerá, pero lo que sucede es que a aquél se añaden, se superponen, otros valores del libro. En primer lugar, una escritura limpia, sencilla, cautivadora, digna de un profesional que ha sabido y conseguido depurar su estilo de elementos secundarios. Pero Hidalgo no sólo no era un profesional, pero ni siquiera se reconocía unas mínimas cualidades literarias. Según él, las Memorias están escritas por un hombre que no sabe escribir. En la presentación de "Cambio de rumbo", en Madrid, en la que participaron Pedro Altares, Tuñón de Lara y Rafael Alberti, éste dijo que José María Valverde le había confesado que se trataba de uno de los libros más bonitos que había leído.

¿Cuál puede ser el secreto de esta escritura impropia de un "amateur" o, mejor aún, de un hombre que escribió sus Memorias por recomendación de su partido, del PCE, para legar un testimonio sobre la guerra civil y sobre una muy interesante evolución política? Yo diría que el secreto está en la sinceridad sin afeites y, aún más radicalmente, el secreto está en la personalidad del propio autor, que se revela sin complicaciones a lo largo de las seiscientas páginas. Un rasgo definitivo en este sentido: en ningún momento el autor se pone enfático, en ningún momento trascendente, en ningún momento quiere adornar con consideraciones morales o ideológicas su itinerario profesional y político.

Y aquí reside el otro encanto del libro: la propia personalidad del autor, la aventura ideológica, política y humana de este hombre que perteneció a la aristocracia y que con un fino sentido popular fue evolucionando hacia posiciones más democráticas, sin rupturas, en una evolución tranquila, entre racional y

sentimental, hasta que, primero, colabora con la sublevación de Cuatro Vientos y, luego, se afianza en el republicanismo y, por fin, ingresa en el Partido Comunista durante la guerra.

Ignacio Hidalgo de Cisneros desciende de una familia aristocrática rural, acendradamente carlista, religiosa, tradicional y, en parte, caciquil. Las primeras páginas reconstruyen este ambiente de su infancia y adolescencia, del que, no sin dolor, irá desprendiéndose progresivamente. Orientado hacia la carre-

perfiladas en estas Memorias. Asistió al desastre de Melilla, Annual, Monte Arruit. De su campaña en Marruecos, de su conciencia de la contienda, escribe: "Para los españoles, luchar contra los moros ha sido siempre normal". Aún no le preocupaban los aspectos "morales" de la guerra, tan sólo los técnicos.

La conspiración republicana le envolvió entre sus fieles, sin que él tuviera una conciencia clara de ello. Se lanzó a la sublevación de Cuatro Vientos por

De sus Memorias republicanas habría que destacar dos hechos en los que más insiste Hidalgo de Cisneros. Por un lado, el anticlericalismo que tan alto precio costó a la República y, por otro lado, la ceguera de los dirigentes republicanos para entender el problema del Ejército. En este sentido hay anécdotas en el libro muy reveladoras.

Otro de los aspectos más atractivos de estas Memorias es el desfile de personajes -Prieto, Azaña, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Alberti y María Teresa León...-, cuyos perfiles traza con maestría. Aquí aparece uno de los rasgos del carácter bondadoso de Hidalgo de Cisneros: aun cuando critique a un personaje, lo hará siempre con una extrema delicadeza, con una inusitada comprensión. Y entre todos los personajes, el más conseguido, lógicamente, es el de Constanza de la Mora, su compañera, aristócrata también, que por las mismas fechas que Ignacio ingresó también en el Partido Comunista.

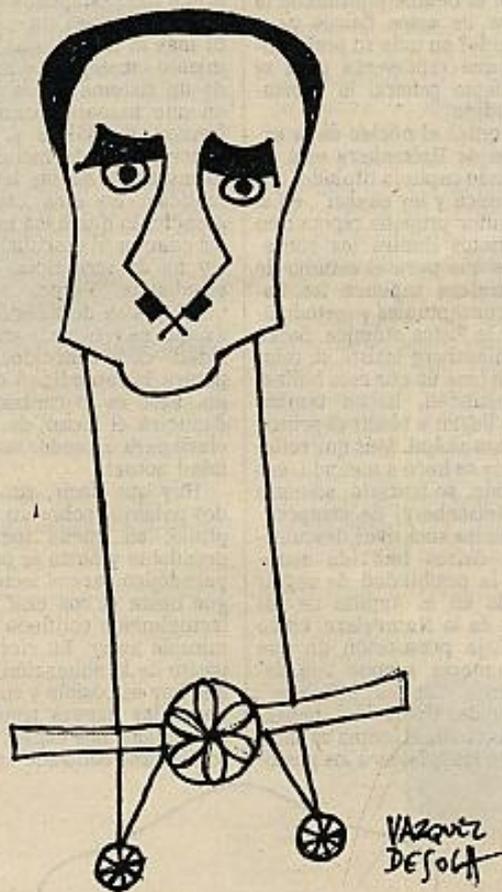
Hemos aludido al carácter no protagonista del autor de estas Memorias, y eso se cumple aun en la etapa de mayor responsabilidad política y militar, es decir, durante su jefatura de la Aviación republicana.

Tuñón de Lara señala en la introducción una característica de la personalidad de Hidalgo de Cisneros: su sentido de la independencia. Tuñón cita la valoración encomiástica que el autor hace de Muñoz Grandes, la visión sin anteojeras de Primo de Rivera, su sinceridad crítica al Queipo de Llano de la época pre-republicana.

Las Memorias se cierran con el final de la guerra, con el exilio. Hidalgo de Cisneros murió en 1966 en Bucarest. Ahora, la editorial Laia ha hecho posible que los lectores españoles conozcan estas Memorias que habían sido editadas también en el exilio, en París. Con ello vienen a sumarse a los libros de otros militares republicanos, Rojo, Modesto, Cordón, Taguena, algunos de ellos aún no publicados en nuestro país. ■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

Werner Heisenberg: Física, conocimiento y algunos tópicos vulgares

No es más que un viejo tema -aunque apasionante- el de la



Hidalgo de Cisneros.

ra militar -la tradición familiar-, nos describirá su accidentada preparación para la Academia, los veraneos familiares, su afición a los casinillos, sus fallos estudiantiles, su devoción por los toros... y una especie de obsesión por la aviación, compartida por un grupo de amigos.

Su ingreso en Aviación supuso uno de los primeros "cambios de rumbo" importantes en su vida. Hidalgo de Cisneros nos comunica el placer físico que sentía al volar en aquellos aviones de ochenta caballos que hacían una velocidad máxima de ciento veinte kilómetros por hora. En el Aero-Club intimó con Ramón Franco, una de las figuras mejor

sentido de fidelidad y de compañerismo hacia los que hablan confiado en él. Pero este fracaso le desvelará el rostro de la derecha monárquica, le permitirá conocer en el exilio a políticos republicanos, especialmente a Indalecio Prieto, con el cual establecería una amistad duradera y al que más tarde salvaría la vida.

La proclamación de la República le coge en París. El regreso va a comenzar a ser un encuentro cada vez más decidido con el pueblo. El sentimiento de solidaridad popular le irá ganando frente a la insolidaridad y egoísmo de clase de su propia familia, de "su" mundo.

aportación de la "nueva Física" a la teoría del conocimiento. Para no citar más que un ejemplo, ahí está la admirable presentación del tema en una obra fundamental de Maravall —la "Teoría del saber histórico"—, en la que pretendía arrimar ese ascua nueva al método histórico. En todo caso, estamos ante una cuestión fundamental en la cultura contemporánea, que, sin embargo, por haberse convertido en moneda corriente, ha pasado de mano en mano hasta desgastarse y, tal vez, hasta hacerse irreconocible.

Ahora, una reedición de la obra de Werner Heisenberg, "La imagen de la Naturaleza en la Física actual" (1), nos depara la ocasión de recuperar esa cuestión, que ya va siendo —o pareciendo— vieja, en su fuente originaria. Heisenberg, en efecto, junto con Bohr, Sommerfeld, Einstein y Planck, entre otros, fue uno de los grandes autores de esta revolución gnoseológica que vino a poner en entredicho el pensar tradicional y, nada menos, la ortodoxia aristotélica.

Pero nuestro interés por la reedición de esta obra sabiamente divulgadora de Heisenberg tiene dos signos. Por un lado, como es lógico, la información de primera mano sobre el alcance real de esta revolución que los descubrimientos físicos contemporáneos tuvieron sobre la teoría del conocimiento en general. Es sabido que, como consecuencia de esa revolución, el aparejo conceptual del pensamiento tradicional —del discurso aristotélico tomista, hújuelas, derivados y corrupciones— resultó gravemente puesto en entredicho. Por decirlo en obligado régimen de urgencia, resultó imposible sostener, a partir de entonces, la sencillez de las explicaciones "deterministas" de la materia, de su ocurrir y aun de la propia observación, sin violentar demasiado una evidencia que no sólo se imponía en el dominio reservado de los especialistas, sino que, para tribulación de sus usufructuarios, había, además, trascendido al gran público. Pero entonces sucedió algo increíble, y fue que esa llama nueva y precisa pasó de mano en mano y fue transformando su justa silueta hasta desnaturalizarse en bosquejos, resúmenes y parábolas cada vez más "literarias" y cada vez menos reconocibles. La lectura de Heisenberg nos devuelve ahora el alcance y el tono auténtico de la aportación de aquellos físicos al conocimiento científico general y hasta al conocimiento vulgar.

(1) Biblioteca Breve, 1967; ahora en Ariel Quincenal, 1976. Es imprescindible resaltar la excelente traducción de Gabriel Ferraté, que soluciona no pocas dificultades con inteligencia y sabiduría.

Un primer capítulo, con el mismo título general del libro, intenta resumir el concepto de verdad científica subsiguiente a las reflexiones físicas y, tras ello, el destino actual de la filosofía natural. Dicho de otra forma, trata de hacer ver cómo y por qué la idea de verdad objetiva con que habitualmente se mueve el científico, el filósofo y también quien no lo es, no puede ser la misma que aquella que funciona desde los griegos hasta el siglo XIX, pasando por el Renacimiento y el Barroco. Todo intento de resumir este tema resulta inútil, incluso banal; es preciso atenerse al detalle puntual de la aventura de estos físicos para comprender en toda su profundidad lo que representa para el pensamiento general la aportación aludida.

Pero quizá el núcleo de la explicación de Heisenberg está en un segundo capítulo titulado "Física atómica y ley causal", en el que el autor propone reponer en sus estrictos límites las consecuencias que para el estudio de la Naturaleza suponen los hallazgos conceptuales y metodológicos de la Física atómica. Sobre todo, Heisenberg insiste en relativizar la idea de que esos hallazgos cuestionan, hacen tambalearse o llegan a abolir el principio de causalidad. Más que reiterar, como se hace a menudo, esa afirmación, se trataría, siempre según Heisenberg, de comprender cómo los sucesivos descubrimientos físicos han ido estrechando la posibilidad de seguir pensando en el ámbito de las ciencias de la Naturaleza, como si la añeja presunción de que todo acontecer supone una determinante "causa efficiens" —presunción típica del pensamiento occidental, como es sabido, desde los griegos a los posi-

vistas, cruzando por Kant—, es decir, como si la idea de que el acontecer en la Naturaleza estuviese unívocamente determinado fuera cierta.

Y es apasionante asistir al desmontaje de este prejuicio "determinista", a la revisión del concepto de causalidad y a la explicación de cómo la experiencia, en el sentido más hondo y veraz, conduce a una mentalidad nueva, menos segura, menos altanera, que erige el principio de la "regularidad estadística" y extrae las consecuencias de largo alcance —la teoría de cuantos, en último término—, sobre la base estupenda de admitir que tal progreso supone aceptar, ni más ni menos, que el conocimiento incompleto o insuficiente de un sistema puede integrarse en una manera distinta de enfrentar el análisis y, de modo concreto, puede incluirse en la formulación de las leyes matemáticas: no otra cosa es, en esencia, lo que hace la teoría de los cuantos al descubrir que toda ley ha de formularse como ley estadística. Parece a primera vista que se desbarata la certeza, que se retrocede en la "seguridad" de lo conocido, que se hipoteca la rotundidad de lo sabido. Pero es lo contrario, como deducirá el lector de esta obra clave para entender nuestra realidad actual.

Hay que decir, sin embargo, dos palabras sobre un tercer capítulo, en buena medida sorprendente y hasta es posible que paradójico para el lector que llegue hasta él con una idea intelectualmente confiada de su admirable autor. En efecto, a propósito de la educación científica que hoy es posible y conveniente dar a las nuevas generaciones, Heisenberg nos espeta un curioso discurso centrado en una vul-

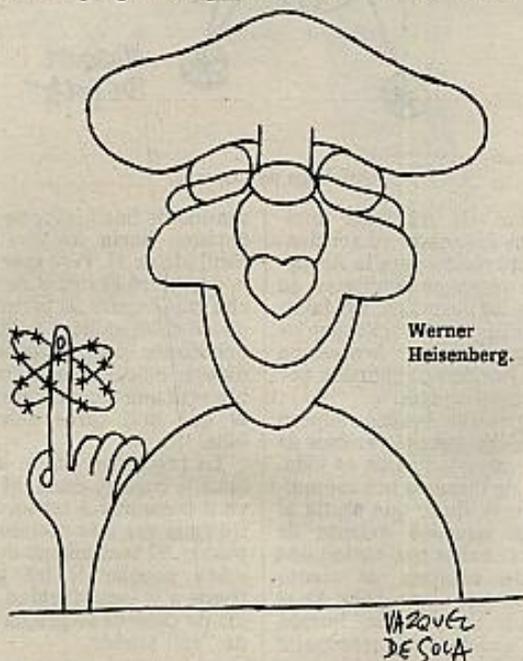
garísima concepción de la Historia y de la realidad de eso que se conoce como "Occidente" —y conste que se refiere a una noción geográfico-política, enfrentada, por si fuera poco, a "la otra", por supuesto, marxista (vid., para acreditar el asombro, la página 55)—, y lo hace con argumentos tan sobados, viejos y puerilmente maniqueos que Spengler, Ortega o el regio senador Marías —sin duda, más originales y legítimamente "literarios", al menos los dos primeros— no los hubieran, en principio, mejorado. ■ JOSE ANTONIO GÓMEZ MARÍN.

Las relaciones internacionales

Toda disciplina joven —y el estudio de las relaciones internacionales lo es— tiene siempre dificultades para encontrar su identidad. Definir claramente su objeto de estudio, desarrollar unas técnicas de investigación y una metodología apropiadas y marcar, sobre todo, su autonomía respecto de otras ciencias que, en su afán totalizador, tratarán de invadir su campo, son otras tantas tareas que, en cualquier caso, habrá de afrontar.

Ocurre, sin embargo, que las relaciones internacionales, por la complejidad misma de su contenido, exigen, acaso más que ninguna otra ciencia del hombre, de un enfoque interdisciplinario, y entonces el problema consiste ante todo en establecer un orden jerárquico entre las disciplinas que se disputan la hegemonía e incluso la exclusividad, para reducirlas a su justa dimensión de instrumentos de la nueva ciencia. El equilibrio ideal se romperá siempre en favor de una u otra disciplina de acuerdo con la orientación y la procedencia científica del investigador. En el caso de las relaciones internacionales, serán la sociología, la ciencia política, el Derecho internacional, la economía, la historia diplomática, etc., quienes se disputen ese primer puesto en la escala jerárquica interdisciplinaria.

Si dejamos el problema del enfoque y nos centramos en el objeto de estudio de la disciplina, veremos que tampoco aquí existe acuerdo entre los distintos autores. Así, mientras unos consideran que la teoría de las relaciones internacionales debe ocuparse fundamentalmente de las relaciones entre Estados soberanos y organizaciones intergubernamentales o mundiales, otros mantienen que tales estudios deben abarcar también las relaciones entre individuos, grupos y organizaciones no gubernamentales, pero cuya actividad se despliega por encima de las fron-



Werner Heisenberg.